

Este documento es proporcionado al estudiante con fines educativos, para la crítica y la investigación respetando la reglamentación en materia de derechos de autor.

Este documento no tiene costo alguno, por lo que queda prohibida su reproducción total o parcial.

El uso indebido de este documento es responsabilidad del estudiante.

Un nuevo saber. Los estudios de mujeres  
Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (compiladoras)

- I. ¿Qué son los estudios de mujeres?
- II. Sexualidad, género y roles sexuales
- III. Cambios sociales, económicos y culturales
- IV. Nuevas direcciones

Marysa Navarro enseña Historia de América Latina en Dartmouth College, donde ha sido decana asociada de Ciencias Sociales y es Charles Collis Professor of History.

Catharine R. Stimpson es editora fundadora de *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. Ha participado en los estudios de mujeres y de género desde los años sesenta. En 1990 fue elegida presidenta de la Modern Language Association. En la actualidad es University Professor y decana de estudios graduados en New York University.

UN NUEVO SABER  
LOS ESTUDIOS DE MUJERES

# Sexualidad, género y roles sexuales

MARYSA NAVARRO  
CATHARINE R. STIMPSON  
COMPILADORAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

## Haciendo género\*

Candace West y Don H. Zimmerman

El objetivo de este artículo es proponer un nuevo concepto de género como un logro rutinario inmerso en la interacción diaria. Hacerlo implica una evaluación crítica de los conceptos existentes sobre sexo y género, y la introducción de importantes distinciones entre sexo, categoría sexual y género. Nuestro planteo es que el reconocimiento de la independencia analítica de estos conceptos es esencial para entender el trabajo interactivo que implica ser una persona generizada en la sociedad. La dirección de nuestras observaciones se inclina hacia la reconceptualización teórica, pero también consideramos temas posibles para la investigación empírica, desde nuestra propuesta.

En el principio, había sexo y había género. Quienes enseñábamos cursos sobre estos temas a fines de los años sesenta y principios de los setenta teníamos cuidado de distinguir uno de otro. Les decíamos a los alumnos y alumnas que el sexo era lo que daba la biología: la anatomía, las hormonas y la fisiología. El género, explicábamos, era un *status* adquirido, construido por medios psicológicos, culturales y sociales. Para introducir la diferencia entre los dos, re-

\* Título original en inglés: "Doing Gender", publicado en: *Gender & Society* 4, núm. 2 (junio 1990). Traducción de Julia Constantino y Laura Aponte; revisada y corregida por Marysa Navarro.

Este artículo está basado en parte sobre un trabajo presentado en la reunión anual de la American Sociological Association, en Chicago, septiembre de 1977. Agradecemos a Lynda Ames, Bettina Aptheker, Steven Clayman, Judith Gerson, the late Erviug Goffman, Marilyn Lester, Judith Lorber, Robin Lloyd, Wayne Mellinger, Beth E. Schneider, Barrie Thorne, Thomas P. Wilson y muy especialmente a Sarah Fenstermaker Berk por sus sugerencias tan útiles y por su apoyo.

curriamos a casos clínicos singulares sobre hermafroditas<sup>1</sup> y a investigaciones antropológicas sobre "tribus extrañas y exóticas".<sup>2</sup>

Inevitablemente, como era de esperar, en las semanas siguientes nuestras alumnas se sentían confusas. El sexo difícilmente parecía algo *dado* en el contexto de investigaciones que ilustraban el a veces ambiguo, y con frecuencia conflictivo, criterio de su atribución. Y el género parecía mucho menos algo *alcanzado* en el contexto de los imperativos antropológicos, psicológicos y sociales que estudiábamos: la división del trabajo, la creación de identidades de género y la subordinación social de las mujeres por los hombres. Además, la doctrina oficial en teorías de la socialización de género planteaba con fuerza que mientras que el género podía *alcanzarse* más o menos a los cinco años de edad, era sin lugar a dudas permanente, invariable y estático, de manera muy parecida al sexo.

Desde 1975, la confusión se ha intensificado y se ha extendido más allá de cada una de nuestras aulas. Por un lado, hemos aprendido que la relación entre los procesos biológicos y culturales era mucho más compleja y reflexiva de lo que habíamos supuesto.<sup>3</sup> Por otro lado, descubrimos que ciertas disposiciones estructurales, por ejemplo, las existentes entre el trabajo y la familia, en realidad producen o permiten la existencia de ciertas capacidades, como el ser madre, que anteriormente asociábamos con la biología.<sup>4</sup> En medio de esto, la noción de género como algo alcanzado de manera recurrente en algún momento se cayó por la borda.

<sup>1</sup> Véase John Money, *Sex Errors of the Body* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1968) y "Prenatal Hormones and Postnatal Sexualization in Gender Identity Differentiation", en: J. K. Cole y R. Dienstbier (eds.), *Nebraska Symposium on Motivation*, vol. 21 (Lincoln: University of Nebraska Press 1974): 221-295; John Money y A. Ehrhardt Anke, *Man and Woman/Boy and Girl* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972).

<sup>2</sup> Véase Margaret Mead, *Sex and Temperament* (Nueva York: Dell, 1963).

<sup>3</sup> Véase Alice Rossi, "Gender and Parenthood", en: *American Sociological Review* 49 (1984): 1-19, esp. 10-14.

<sup>4</sup> Véase Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Los Angeles: University of California Press, 1978) versus Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution* (Nueva York: William Morrow, 1970).

En este artículo nuestro objetivo es proponer una comprensión documentada etnometodológicamente, y por lo tanto distintivamente sociológica, del género como un logro rutinario, metódico y recurrente. Pensamos que el *hacer* género es emprendido por mujeres y hombres, cuya competencia como miembros de la sociedad es rehén de su producción. Hacer género implica un complejo de actividades perceptivas, interactivas y micropolíticas socialmente guiadas que conforman actividades particulares como expresiones de la *naturaleza* femenina y de la masculina.

Cuando vemos el género como un logro, una propiedad adquirida de conducta determinada, nuestra atención pasa del terreno interno al individual, se centra en lo interactivo y, en último término, en lo institucional. En un sentido, por supuesto, los individuos son los que *hacen* género. Pero es un hacer situado, realizado en presencia real o virtual de otras personas, que se supone que están orientadas hacia su producción. Más que una propiedad individual, consideramos el género como un elemento emergente de situaciones sociales: es tanto el resultado como la razón fundamental de varios arreglos sociales y un medio de legitimar una de las divisiones más fundamentales de la sociedad.

Para proseguir nuestro planteo, hacemos un análisis crítico de lo que los sociólogos han querido decir con *género*, incluyendo su consideración como la representación de un papel en el sentido convencional y como una *demonstración* en la terminología de Goffman.<sup>5</sup> Tanto el *papel de género* como la *demonstración de género* se centran en aspectos del comportamiento del ser mujer u hombre (en oposición, por ejemplo, a las diferencias biológicas entre los dos). Sin embargo, para nosotros la noción de género como rol oscurece el trabajo involucrado en la producción del género en las actividades diarias, mientras que la noción de género como una demostración lo relega a la periferia de la interacción. Por nuestra parte, afirmamos que las personas que participan en la interacción organizan sus múltiples y variadas actividades pa-

<sup>5</sup> Véase Erving Goffman, "Gender Display" en: *Studies in the Anthropology*

ra reflejar o expresar el género y están dispuestas a percibir el comportamiento de las otras bajo una luz similar.

Para elaborar nuestra propuesta, sugerimos desde ya que deben tomarse en cuenta las importantes pero a menudo ignoradas distinciones entre *sexo*, *categoría sexual* y *género*. *Sexo* es una determinación hecha sobre la base de criterios biológicos socialmente convenidos para clasificar a las personas como machos o hembras.<sup>6</sup> Los criterios de clasificación pueden ser los genitales de nacimiento o la configuración cromosómica antes del nacimiento y no concuerdan necesariamente. La colocación en una *categoría sexual* se logra aplicando los criterios sobre el sexo, pero en la vida diaria la clasificación se establece y se mantiene por las demostraciones identificatorias socialmente requeridas que proclaman nuestra pertenencia a una u otra categoría. En este sentido, la categoría sexual de una persona supone su sexo y la representa en muchas situaciones, pero sexo y categoría sexual pueden variar de manera independiente; es decir, es posible afirmar que se es miembro de una categoría sexual aun cuando falten los criterios sexuales. En contraste, *género* es la actividad consistente en manejar una conducta determinada a la luz de conceptos normativos de actitudes y actividades apropiadas para la categoría sexual de cada persona. Las actividades relacionadas con el género surgen de la exigencia de ser miembro de una categoría sexual y la apoyan.

Afirmamos que el reconocimiento de la independencia analítica de sexo, categoría sexual y género es esencial para comprender las relaciones entre estos elementos y el trabajo interactivo contenido en *ser* una persona con género en la sociedad. Aunque nuestra meta primordial es teórica, habrá ocasión para discutir líneas fructíferas para la investigación empírica que surjan de la formulación de género que proponemos.

<sup>6</sup> Esta definición subestima múltiples complejidades implicadas en la relación entre la biología y la cultura (Alison Jaggar, *Feminist Politics and Human Nature* [Totowa, NJ: Rowman & Allanheld, 1983]: 106-113). Sin embargo, lo que recalcamos es que la determinación de la clasificación sexual de una persona es un proceso *social* total.

Comenzaremos con una evaluación del significado aceptado de género, particularmente en relación con las raíces que esta noción tiene en las supuestas diferencias biológicas existentes entre hombres y mujeres.

### *Perspectivas sobre género y sexo*

En las sociedades occidentales el concepto cultural aceptado sobre género ve a las mujeres y a los hombres como categorías de ser definidas naturalmente y sin equívocos,<sup>7</sup> con determinadas inclinaciones psicológicas y de comportamiento que pueden predecirse a partir de sus funciones reproductivas. Los miembros adultos y competentes de estas sociedades ven las diferencias entre hombres y mujeres como fundamentales y perdurables; diferencias aparentemente apoyadas por la división del trabajo en femenino y masculino, y a menudo una elaborada diferenciación de actitudes y comportamientos femeninos y masculinos, que constituyen características prominentes de la organización social. Las cosas son como son por el hecho de que los hombres son hombres y las mujeres son mujeres: una división aceptada como natural y fundamentada en la biología, que produce a su vez enormes consecuencias psicológicas, sociales y de comportamiento. Los arreglos estructurales de una sociedad son los presuntos responsables de estas diferencias.

Si bien los análisis de sexo y género en las ciencias sociales son más renuentes a aceptar sin críticas el ingenuo determinismo biológico de este punto de vista, a menudo conservan un concepto de las conductas y características vinculadas con el sexo como propiedades esenciales de los individuos.<sup>8</sup> El "enfoque de las di-

<sup>7</sup> Véase Harold Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1967): esp. 116-118.

<sup>8</sup> Para buenas reseñas, véase Arlie R. Hochschild, "A Review of Sex Roles Research", en: *American Journal of Sociology* 78 (1973): 1011-1029; David Tresemer, "Assumptions Made About Gender Roles", en: M. Millman y R. M. Kanter (eds.), *Another Voice: Feminist Perspectives on Social Life and Social Science*, (Nueva

ferencias sexuales”<sup>9</sup> se atribuye más comúnmente a la psicología que a la sociología, pero los que hacen encuestas y determinan el género de una persona que contesta sobre la base del sonido de su voz en el teléfono también están haciendo suposiciones orientadas por las características. Al reducir el género a un conjunto permanente de características psicológicas o a una *variable* unitaria, se excluye una consideración seria de las formas en que es utilizado para estructurar distintas esferas de la experiencia social.<sup>10</sup>

En otro sentido, la teoría de los roles se ha encargado de la construcción social de las categorías de género, llamadas *roles sexuales* o, más recientemente, *roles de género*, y ha analizado cómo se aprenden y se representan. Desde Linton<sup>11</sup> continuando con las obras de Parsons<sup>12</sup> y Komarovsky,<sup>13</sup> la teoría de los roles ha enfatizado el aspecto dinámico y social de la construcción y representación de los roles.<sup>14</sup> Pero a nivel de la interacción cara a cara, la aplicación de la teoría de los roles al género tiene problemas propios.<sup>15</sup>

York: Anchor/Doubleday, 1975): 308-339; Barrie Thorne, “Gender... How Is It Best Conceptualized?”, manuscrito inédito, 1980; Nancy M. Henley, “Psychology and Gender”, en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 11 (1985): 101-119.

<sup>9</sup> Thorne, “Gender...”, ob. cit.: 11.

<sup>10</sup> Judith Stacey y Barrie Thorne, “The Missing Feminist Revolution in Sociology”, en: *Social Problems* 32 (1985): 307-308.

<sup>11</sup> Véase Ralph Linton, *The Study of Man* (Nueva York: Appleton-Century, 1936).

<sup>12</sup> Véase Talcott Parsons, *The Social System* (Nueva York: Free Press, 1951); Talcott Parsons y Robert F. Bales, *Family, Socialization and Interaction Process* (Nueva York: Free Press, 1955).

<sup>13</sup> Véase Mirra Komarovsky, “Cultural Contradictions and Sex Roles”, en: *American Journal of Sociology* 52 (1946): 184-189; y “Functional Analysis of Sex Roles”, en: *American Sociological Review* 15 (1950): 508-516.

<sup>14</sup> Véase Thorne, “Gender...”, ob. cit.; R. W. Connell, *Which Way Is Up?* (Sydney: Allen & Unwin, 1983).

<sup>15</sup> Para buenas reseñas y críticas, véase Connell, *Which Way Is Up?*, ob. cit., y “Theorizing Gender”, en: *Sociology* 19 (1985): 260-272; S. Kessler, D. J. Ashendon, R. W. Connell, y G. W. Dowset, “Gender Relations in Secondary Schooling”, en: *Sociology of Education* 58 (1985): 34-48; Helene Z. Lopata y Barrie Thorne, “On the Term ‘Sex Roles’”, en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 3 (1978): 718-721; Barrie Thorne, “Gender...”, ob. cit.; Stacey y Thorne, “The Missing Feminist Revolution in Sociology”, ob. cit.

Los roles son identidades *situadas* –asumidas y desechadas, según lo requiera la situación– más que *identidades principales*,<sup>16</sup> tales como la categoría sexual, que atraviesan situaciones. A diferencia de la mayoría de los roles, como el de *enfermera, doctor, paciente o profesor y estudiante*, el género no tiene una ubicación específica o un contexto organizativo. Además, muchos roles ya tienen una marca de género, de modo que se deben agregar calificativos especiales, por ejemplo *la juez o el recepcionista*, a las excepciones de la regla. Thorne señala que conceptualizar el género como un rol dificulta evaluar su influencia sobre otros roles y reduce su utilidad explicativa en discusiones sobre el poder y la desigualdad.<sup>17</sup> Remitiéndose a Rubin,<sup>18</sup> Thorne pide una reconceptualización de los hombres y las mujeres como grupos sociales distintos, constituidos en “relaciones sociales concretas, históricamente cambiantes, y generalmente desiguales”.<sup>19</sup>

Afirmamos que el género no es ni un conjunto de características ni una variable o un rol, sino el producto de cierto tipo de prácticas sociales. ¿Qué es pues la práctica social de género? Es más que la creación continua del significado del género a través de las acciones humanas.<sup>20</sup> Para nosotros el género se constituye a través de la interacción.<sup>21</sup> Para desarrollar las implicaciones de nuestra aseveración vamos a la “demostración de género” (*gen-*

<sup>16</sup> Everett C. Hughes, “Dilemmas and Contradictions of Status”, en: *American Journal of Sociology* 50 (1945): 353-359.

<sup>17</sup> Thorne, “Gender...”, ob. cit.

<sup>18</sup> Gayle Rubin, “The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex”, en: R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women* (Nueva York: Monthly Review Press, 1975): 157-210.

<sup>19</sup> Thorne, “Gender...”, ob. cit.: 11.

<sup>20</sup> Judith M. Gerson y Kathy Peiss, “Boundaries, Negotiation, Consciousness: Reconceptualizing Gender Relations”, en: *Social Problems* 32 (1985): 317-331.

<sup>21</sup> Esto no quiere decir que el género sea una *cosa* singular, históricamente omnipresente en la misma forma o en cada situación. Debido a que las concepciones normativas de las actitudes y actividades apropiadas para las categorías sexuales pueden variar de cultura a cultura y en distintos momentos históricos, el manejo de la conducta situada a la luz de esas expectativas puede adoptar muchas formas distintas.

*der displays*) de Goffman.<sup>22</sup> Nuestro objetivo aquí es explorar cómo el género puede demostrarse o describirse a través de la interacción y de este modo verse como *natural*, mientras que se va produciendo como un logro organizado socialmente.

### *Demostración de género*

Goffman sostiene que cuando los seres humanos interactúan con otros en su medio ambiente suponen que cada uno posee una *naturaleza esencial*, una naturaleza que puede discernirse a través de los “signos naturales emitidos o expresados por ellos”.<sup>23</sup> La feminidad y la masculinidad son considerados “prototipos de expresión esencial, algo que puede ser transmitido fugazmente en cualquier situación social y, sin embargo, algo que impresiona en la caracterización más básica del individuo”.<sup>24</sup> Los medios a través de los que efectuamos dichas expresiones son “actos convencionalizados y rutinarios”<sup>25</sup> que transmiten a los demás cómo los consideramos, indican nuestra alineación en un encuentro y establecen tentativamente los términos del contacto para esa situación social. Pero también son considerados como un comportamiento expresivo, testimonio de nuestra “naturaleza esencial”.

Goffman<sup>26</sup> ve las *demostraciones* como comportamientos altamente convencionalizados estructurados como intercambios bilaterales del tipo declaración-respuesta, en los que la presencia o la ausencia de simetría puede establecer deferencia o dominación. Estos rituales son considerados diferentes de actividades más importantes, tales como realizar tareas o comprometerse en un discurso, pero también se considera que están unidos a estas actividades. Por lo tanto, tenemos lo que Goffman denomina la *programación* de las demostraciones en situaciones coyunturales,

<sup>22</sup> Goffman, “Gender Display”, ob. cit.

<sup>23</sup> *Ibíd.*: 75.

<sup>24</sup> *Ibíd.*: 75.

<sup>25</sup> *Ibíd.*: 69.

<sup>26</sup> *Ibíd.*: 69-70.

tales como el principio o el final, para evitar la interferencia con las actividades mismas. Goffman<sup>27</sup> formula la *demostración de género* de la manera siguiente: “Si se definiera el género como las correlaciones culturalmente establecidas del sexo (ya sea consecuencia de la biología o del aprendizaje), entonces la demostración de género se refiere a las descripciones convencionalizadas de estas correlaciones”.

Estas expresiones generizadas pueden revelar pistas de las dimensiones fundamentales y subyacentes de la hembra y el varón, pero para Goffman son actuaciones opcionales. La caballerosidad puede o no ofrecerse y, si se ofrece, puede o no rechazarse.<sup>28</sup> Además, los seres humanos mismos “emplean el término *expresión*, y se conducen para adecuarse a sus propias nociones de expresividad”.<sup>29</sup> Las descripciones de género son menos una consecuencia de nuestras “naturalezas sexuales esenciales” que representaciones interactivas de lo que nos gustaría transmitir sobre la naturaleza sexual, utilizando gestos convencionalizados. Nuestra naturaleza *humana* nos da la capacidad de aprender a producir y reconocer demostraciones de género masculinas y femeninas: “una capacidad que tenemos por virtud de ser personas, no machos y hembras”.<sup>30</sup>

A primera vista, parecería que la proposición de Goffman ofrece una corrección sociológicamente atractiva a las formulaciones de género que tenemos. Desde su punto de vista, el género es una dramatización de un texto escrito socialmente de la *idealización* que hace la cultura de la naturaleza femenina y de la masculina, representada ante una audiencia bien educada en el idioma de la representación. Para seguir con la metáfora, hay representaciones programadas que se presentan en lugares especiales; como en el teatro, constituyen preámbulos o intermedios de actividades más serias.

Esta perspectiva tiene equívocos fundamentales. Al separar la demostración de género de los asuntos serios de la interacción,

<sup>27</sup> *Ibíd.*: 69.

<sup>28</sup> *Ibíd.*: 71.

<sup>29</sup> *Ibíd.*: 75.

<sup>30</sup> *Ibíd.*: 76.

Goffman oscurece los efectos del género en una amplia gama de actividades humanas. El género no es únicamente algo que sucede en las grietas y resquicios de la interacción, acomodado aquí y allá sin interferir con los asuntos serios de la vida. Si bien es plausible sostener que las demostraciones de género, creadas como expresiones convencionalizadas, son opcionales, no parece plausible decir que tenemos la opción de ser vistos por otras personas como mujeres u hombres.

Es necesario ir más allá de la noción de la demostración de género para considerar lo que está implicado en la formación del género como una actividad continua que tiene lugar en la interacción diaria. En dirección a esa meta, retomamos las distinciones entre sexo, categoría sexual y género que presentamos anteriormente.

### *Sexo, categoría sexual y género*

El estudio clínico de Garfinkel<sup>31</sup> del caso de Agnes, una transexual criada como varón que adoptó una identidad femenina a los 17 años y se sometió a una operación de reasignación de sexo años más tarde, demuestra cómo el género se forma a través de la interacción, al mismo tiempo que la estructura. Agnes, a quien Garfinkel caracterizó como “una metodóloga práctica”, desarrolló ciertos procedimientos para pasar por “mujer natural y normal”, tanto antes como después de la cirugía. Tenía el problema práctico de manejar el hecho de que poseía genitales masculinos y de que carecía de los recursos sociales que la biografía de una niña presumiblemente provee en la interacción diaria. En resumen, necesitaba exhibirse como una mujer y, al mismo tiempo, aprender qué era el ser mujer. Por necesidad, esta actividad de tiempo completo tuvo que darse en un momento en que el género de la mayoría de la gente ya está bien acreditado y rutinizado. Agnes tenía que hacer conscientemente lo que la mayoría de las

<sup>31</sup> Garfinkel, ob. cit.: 118-140.

mujeres hacen sin pensar. No estaba  *fingiendo*  lo que las mujeres  *reales*  hacen naturalmente. Se veía obligada a analizar y a imaginarse cómo actuar en circunstancias socialmente estructuradas y de acuerdo con conceptos de feminidad que las mujeres que nacen con las credenciales biológicas adecuadas llegan a dar por sentados a temprana edad. Al igual que en el caso de otros que deben  *pasar* , como los travestis, los actores de Kabuki, o la Tootsie de Dustin Hoffman, el caso de Agnes hace visible lo que la cultura ha hecho invisible: el logro del género. La discusión de Garfinkel<sup>32</sup> sobre Agnes no separa explícitamente tres conceptos analíticamente distintos, aunque empíricamente sobrepuestos: sexo, categoría sexual y género.

### *Sexo*

Agnes no poseía los criterios biológicos socialmente convenidos para clasificarse como miembro del  *sexo*  femenino. No obstante, Agnes se veía a sí misma como una mujer, aunque fuera una mujer con pene, cosa que no debe poseer una mujer. El pene, insistía ella, era un “error” que necesitaba remediarse.<sup>33</sup> Al igual que otros miembros competentes de nuestra cultura, Agnes respetaba la noción de que  *hay*  criterios biológicos  *esenciales*  que inequívocamente distinguen a los hombres de las mujeres. Sin embargo, si nos apartamos del punto de vista del sentido común, descubriremos que la fiabilidad de estos criterios no está exenta de cuestionamientos.<sup>34</sup> Además, otras culturas han reconocido la existencia

<sup>32</sup> *Ibíd.*

<sup>33</sup> *Ibíd.*: 126-127, 131-132.

<sup>34</sup> John Money y John G. Brennan, “Sexual Dimorphism in the Psychology of Female Transsexuals”, en: *Journal of Nervous and Mental Disease* 147(1968): 487-499; Money y Erhardt, *Man and Woman/Boy and Girl*, ob. cit.; John Money y Charles Ogunro, “Behavioral Sexology: Ten Cases of Genetic Male Intersexuality with Impaired Prenatal and Pubertal Androgenization”, en: *Archives of Sexual Behavior* 3 (1974): 181-206; John Money y Patricia Tucker, *Sexual Signatures* (Boston: Little, Brown, 1975).



de "entrecruzamiento de géneros"<sup>35</sup> y la posibilidad de más de dos sexos.<sup>36</sup>

Más importante para nuestro planteo es lo señalado por Kessler y McKenna<sup>37</sup> acerca de que los genitales se ocultan convencionalmente de la inspección pública en la vida diaria y, sin embargo, a través de nuestras rutinas sociales, continuamos *observando* un mundo de dos personas naturalmente y normalmente sexuadas. Lo que provee la base para la clasificación sexual es la *suposición* de que los criterios esenciales existen o deberían estar ahí si se buscan. Basándose en Garfinkel, Kessler y McKenna plantean que *varones* y *mujeres* son acontecimientos culturales, productos de lo que denominan "procesos de atribución de género" más que una suma de características, conductas o incluso atributos físicos. Como ejemplo, citan al niño que al ver una fotografía de alguien vestido con traje y corbata declara: "Es un hombre porque tiene pajarito".<sup>38</sup> Traducción: "Debe tener un pajarito [característica esencial] porque estoy viendo la *insignia* de un traje y una corbata". Ni la asignación inicial del sexo (al nacer, el anuncio de que se es mujer u hombre) ni la existencia real de los criterios esenciales para dicha asignación (posesión de clítoris y vagina o de pene y testículos) tienen mucho que ver, si es que algo tienen, con la identificación de la categoría sexual en la vida diaria.

<sup>35</sup> Evelyn Blackwood, "Sexuality and Gender in Certain Native American Tribes: The Case of Cross-Gender Females", en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 10 (1984): 27-42; Walter L. Williams, *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture* (Boston: Beacon, 1986).

<sup>36</sup> W. W. Hill, "The Status of the Hermaphrodite and Transvestite in Navaho Culture", en: *American Anthropologist* 37 (1935): 273-279; M. Kay Martin y Barbara Voortheis, *Female of the Species* (Nueva York: Columbia University Press, 1975): 84-107; pero véase también Salvatore Cucchiari, "The Gender Revolution and the Transition from Bisexual Horde to Patrilocality: The Origins of Gender Hierarchy", en: S. B. Ortner y H. Whitehead (eds.), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality* (Nueva York: Cambridge University Press, 1981): 32-35.

<sup>37</sup> Suzanne J. Kessler y Wendy McKenna, *Gender: An Ethnomethodological Approach* (Nueva York: Wiley, 1978): 1-6, 154.

<sup>38</sup> *Ibid.*: 154.

En este punto, apuntan Kessler y McKenna, operamos con la certeza moral de un mundo de dos sexos. No pensamos: "la mayoría de las personas con pene son hombres, pero tal vez algunas no lo sean" o "la mayoría de las personas que se visten como hombres tienen pene". Al contrario, damos por sentado que el sexo y la categoría sexual son congruentes, que conociendo esta última podemos deducir el resto.

### *Categoría sexual*

La exigencia de Agnes de alcanzar el *status* categórico de mujer, que mantuvo con demostraciones identificatorias apropiadas y otras características, podría haber sido *desacreditada* antes de su operación transexual si se hubiera sabido que tenía pene y, después, por la construcción quirúrgica de sus genitales.<sup>39</sup> En este sentido, Agnes tenía que estar continuamente alerta ante amenazas reales o potenciales a la seguridad de su categoría sexual. Su problema no era tanto vivir su vida según un prototipo de feminidad esencial, sino preservar su clasificación como mujer. Un recurso muy poderoso le facilitaba esta tarea: el proceso de clasificación hecho por el sentido común en la vida diaria.

La clasificación de los miembros de la sociedad en categorías inherentes tales como *niña* o *niño*, o *mujer* u *hombre*, opera de una forma claramente social. El acto de clasificación no implica una prueba positiva, en el sentido de un conjunto bien definido de criterios que deben satisfacerse explícitamente antes de poder realizar una identificación. Más bien, la aplicación de las categorías para miembro depende de una prueba de *si puede...* en la interacción diaria.<sup>40</sup> Esta prueba estipula que si la gente *puede ser vista* como

<sup>39</sup> Véase Janice G. Raymond, *The Transsexual Empire* (Boston: Beacon, 1979): 37, 138.

<sup>40</sup> Harvey Sacks, "On the Analyzability of Stories by Children", en: J. J. Gumperz y D. Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1972): 332-335.

miembro de categorías relevantes, *entonces se la clasifica de esa manera*. Es decir, utiliza la categoría que parece adecuada, excepto ante información discrepante o de características obvias que anularían su utilización. Este procedimiento concuerda con lo que sucede en la vida diaria, que nos hace aceptar las apariencias, a menos que tengamos una razón especial para dudar.<sup>41</sup> Deberíamos agregar que es precisamente en el momento en que tenemos una razón especial para dudar que surge la cuestión de aplicar criterios rigurosos, pero fuera de los contextos legales y burocráticos es raro encontrar a alguien que insista en pedir pruebas convincentes.<sup>42</sup>

La ventaja inicial de Agnes fue la predisposición de las personas con las que se encontraba a tomar su apariencia (su figura, ropa, peinado, etcétera) como la apariencia indudable de una mujer normal. Luego, fue nuestra perspectiva cultural sobre las características de las "personas natural y normalmente sexuales".<sup>43</sup> Garfinkel señala que en la vida diaria vivimos en un mundo de dos, y sólo dos, sexos. Esta disposición tiene un *status* moral, en tanto nos incluimos, y a otras y a otros también, como "esencialmente, originariamente, en primer lugar, desde siempre, para siempre, de una vez por todas y al final de cuentas, ya sea como *varones o mujeres*".<sup>44</sup>

Consideremos el siguiente caso:

Este tema me recuerda una visita a una tienda de computación hace un par de años. La persona que respondía a mis preguntas

<sup>41</sup> Alfred Schutz, "The Problem of Rationality in the Social World", en: *Economics* 10 (1943): 130-149; Garfinkel, ob. cit.: 272-277; Richard Bernstein, "France Jails 2: An Odd Case of Espionage", en: *New York Times* (11 de mayo, 1986). Bernstein relata un caso de espionaje poco común en el que un hombre que se hacía pasar por una mujer convenció a su amante de que él/ella había parido al hijo "de ambos", el cual, pensaba el amante, "se parecía" a él.

<sup>42</sup> Garfinkel, ob. cit.: 262-283; Thomas P. Wilson, "Conceptions of Interaction and Forms of Sociological Explanation", en: *American Sociological Review* 35 (1970): 697-710.

<sup>43</sup> Garfinkel, ob. cit.: 122-128.

<sup>44</sup> *Ibid.*: 122.

era realmente una *persona de ventas*. No pude clasificarla/lo como mujer u hombre. ¿Qué busqué yo? (1) Pelo facial: ella/él tenía la piel suave, pero algunos hombres tienen poco pelo facial o no tienen. (Esto varía según la raza, los indios de Estados Unidos y los negros con frecuencia no tienen.) (2) Senos: ella/él llevaba una camisa suelta que le caía desde los hombros. Y, como lo saben para su vergüenza muchas mujeres que sufrieron la adolescencia en los años cincuenta, con frecuencia tienen el pecho chato. (3) Hombros: sus hombros eran pequeños y redondeados para ser de hombre, anchos para ser de mujer. (4) Manos: dedos largos y finos, nudillos un poco grandes para ser de mujer, pequeños para ser de hombre. (5) Voz: timbre medio, inexpresiva para ser de mujer, sin el tono exagerado que algunos homosexuales afectan. (6) Su trato: no me dio ningún signo que me permitiera saber si yo era del mismo sexo que esa persona o de un sexo diferente. Ni siquiera había signos de que sabía que su sexo sería difícil de clasificar; yo me preguntaba al respecto, aun cuando me esforcé por ocultar estas preguntas para no avergonzarla/lo mientras hablábamos sobre el papel para la impresora. Salí sin saber el sexo de la persona que me atendió y molesta por esa pregunta no contestada (como buena hija de la cultura a la que pertenezco). (Diane Margolis, comunicación personal.)

¿Qué puede decirnos este caso sobre situaciones como la de Agnes<sup>45</sup> o sobre el proceso de la clasificación sexual en general? Primero, podemos inferir que la demostración identificatoria del vendedor o de la vendedora de la tienda de computación era ambigua, dado que no estaba vestida/o o adornada/o de manera inequívocamente femenina o masculina. Cuando este tipo de demostración *falla* y no proporciona bases para la clasificación es que se evalúan elementos tales como el pelo facial o el tono de voz para determinar la membresía en una categoría sexual. Segundo, más allá del hecho de que este incidente pudo recordarse "un par de años" después, la clienta no sólo estaba "molesta" por la am-

<sup>45</sup> Véase Jan Morris, *Conundrum* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974); Renee Richards (con John Ames), *Second Serve: The Renee Richards Story* (Nueva York: Stein and Day, 1983).

bigüedad de la clasificación de la persona que la atendió, sino que también dio por sentado que reconocer esta ambigüedad habría avergonzado a la empleada o al empleado. No sólo queremos saber la categoría sexual de quienes nos rodean (a la vista, quizás), sino que suponemos que los otros la están exhibiendo para nosotros, de la forma más decisiva posible.

### Género

Agnes quería ser "120 por ciento mujer",<sup>46</sup> es decir, incuestionablemente, en todos los sentidos, y femenina en todo instante. Pensaba que podía protegerse de una posible revelación antes y después de la intervención quirúrgica comportándose de manera femenina, pero también que podía delatarse si sobreactuaba. La clasificación sexual y el logro de género no son lo mismo. La clasificación de Agnes podía ser segura o sospechosa, pero no dependía de si vivía o no según una concepción ideal de feminidad. Las mujeres pueden no verse femeninas, pero eso no hace que *no sean mujeres*. Agnes enfrentaba la tarea continua de *ser* una mujer, algo que va más allá del estilo de ropa (una demostración identificatoria) o de permitir que los hombres enciendan sus cigarrillos (una demostración de género). Su problema era producir configuraciones de comportamiento que fueran vistas por los/las demás como una conducta normativa de género.

La estrategia de Agnes de *aprendizaje secreto*, por intermedio del cual aprendía el decoro femenino que se espera de las mujeres al escuchar con atención las críticas de su novio a otras mujeres, era una de las formas de enmascarar incapacidades y a la vez adquirir las habilidades requeridas.<sup>47</sup> Fue por su novio que Agnes aprendió que tomar el sol en el pasto que estaba frente a su departamento era "ofensivo" (porque estaba exhibiéndose ante otros hombres). También aprendió de sus críticas a otras mujeres

<sup>46</sup> Garfinkel, ob. cit.: 129.

<sup>47</sup> Ibíd.: 146-147.

que no debía insistir en que las cosas se hicieran a su manera ni expresar sus opiniones o exigir igualdad con los hombres.<sup>48</sup> (Como otras mujeres de nuestra sociedad, Agnes aprendió algo sobre el poder en el curso de su *educación*.)

En la cultura popular abundan los libros y revistas que compilan las descripciones idealizadas de las relaciones entre mujeres y hombres. Las que se concentran en los ritos de *dating* (salidas) o en los comportamientos femeninos adecuados tienen la intención de ser una ayuda práctica sobre esos temas. Sin embargo, la utilización de cualquiera de estas fuentes como un *manual de procedimientos* requiere que se dé por sentado el hecho de que hacer género implica meramente utilizar paquetes de comportamientos discretos y bien definidos que simplemente pueden introducirse en situaciones interactivas para producir representaciones reconocibles de masculinidad y feminidad. El hombre *hace* ser masculino, por ejemplo, cuando toma el brazo de la mujer para guiarla al cruzar la calle, y ella *hace* ser femenina cuando acepta ser guiada y no toma la iniciativa de ese comportamiento con un hombre.

Tal vez Agnes podría haber utilizado recursos tales como los manuales, pero en nuestra opinión la formación del género no se reglamenta tan fácilmente.<sup>49</sup> Esas fuentes pueden enumerar y describir los tipos de conducta que marcan o exhiben el género, pero son necesariamente incompletas.<sup>50</sup> Y para tener éxito, el marcar el género o la demostración del mismo deben adecuarse perfectamente a situaciones y modificarse o transformarse según la ocasión lo requiera. Hacer género consiste en manejar esas situaciones para que, sin importar las particularidades, el resultado sea

<sup>48</sup> Ibíd.: 147-148.

<sup>49</sup> Carol L. Mithers, "My Life as a Man", en: *The Village Voice* 27 (5 de octubre de 1982): 1ff; Jan Morris, ob. cit.

<sup>50</sup> Garfinkel, ob. cit.: 66-75; D. Lawrence Wieder, *Language and Social Reality: The Case of Telling the Convict Code* (The Hague: Mouton, 1974): 183-214; Don H. Zimmerman y D. Lawrence Wieder, "Ethnomethodology and the Problem of Order: Comment on Denzin", en: J. Denzin (ed.), *Understanding Everyday Life* (Chicago: Aldine, 1970): 285-298.

visto y visible en un contexto como apropiado para el género o, como sea el caso, inapropiado para el género, es decir, *explicable*.

### *Género y rendición de cuentas (accountability)*

Como apunta Heritage,<sup>51</sup> los miembros de una sociedad interactúan regularmente dándose “informes descriptivos unos a otros del estado de las cosas”, y estas rendiciones de cuentas son serias y tienen consecuencias. Estas descripciones nombran, caracterizan, formulan, explican, excusan, atacan o simplemente toman nota de alguna circunstancia o actividad y de este modo la colocan dentro de una estructura social (situándola en relación con otras actividades, similares o no).

Estas descripciones son narrables por sí mismas y los miembros de la sociedad se encuentran orientados por el hecho de que sus actividades están sujetas a comentarios. A menudo hay acciones concebidas con la mira en su *accountability*, es decir, cómo podrían aparecer y cómo podrían ser caracterizadas. La noción de *accountability* también abarca esas acciones emprendidas para ser específicamente pasadas por alto y por lo tanto solamente dignas de un comentario casual, porque parecen caber dentro de estándares aprobados culturalmente.

Heritage observa que el proceso de hacer algo con responsabilidad tiene carácter interactivo: “[Esto] permite que los actores planifiquen sus acciones en relación con sus circunstancias para permitir que otros, al tomar nota metódicamente de las circunstancias, reconozcan la acción como lo que es”.<sup>52</sup>

La palabra clave aquí es *circunstancias*. Una circunstancia que está presente virtualmente en todas las acciones es la categoría sexual del actor. Como lo explica Garfinkel:<sup>53</sup>

<sup>51</sup> John Heritage, *Garfinkel and Ethnomethodology* (Cambridge, Inglaterra: Polity Press, 1984): 136-137.

<sup>52</sup> *Ibid.*: 179.

<sup>53</sup> Garfinkel, *ob. cit.*: 118.

[El] trabajo y las ocasiones socialmente estructuradas de “pasar” eran obstinadamente inflexibles a los intentos [de Agnes] de rutinizarse las bases de las actividades diarias. Esta obstinación apunta a la *omnirrelevancia* del *status* sexual en los asuntos de la vida diaria como trasfondo invariable pero desapercibido en la textura de las pertinencias que componen las escenas reales y cambiantes de la vida diaria (cursivas nuestras).

Si la categoría sexual es omnirrelevante (o se acercara a serlo), entonces a una persona involucrada en cualquier actividad se le puede exigir que desempeñe dicha actividad como *mujer* o como *hombre*, y su mandato en una u otra categoría sexual puede utilizarse para legitimar o desacreditar sus otras actividades.<sup>54</sup> Por lo tanto, prácticamente cualquier actividad puede ser evaluada en su naturaleza de hombre o de mujer. Y nótese que *hacer* género no siempre implica vivir según conceptos normativos de feminidad o masculinidad; es comprometerse en una conducta, *con riesgo de evaluación de género*. Si bien son los individuos los que hacen género, la empresa tiene un carácter fundamentalmente interactivo e institucional, porque el rendir cuentas es una característica de las relaciones sociales y su lenguaje es extraído del terreno institucional en el que dichas relaciones tienen lugar. Si éste es el caso, ¿podemos alguna vez *no* hacer género? En la medida en que la sociedad está dividida en diferencias *esenciales* entre hombre y mujeres y la colocación en una categoría sexual es relevante y además imponible, el hacer género es inevitable.

<sup>54</sup> Joseph Berger, Bernard P. Cohen, y Morris Zelditch, Jr., “Status Characteristics and Social Interaction”, en: *American Sociological Review* 37 (1972): 241-255; Joseph Berger, Thomas L. Conner, y M. Hamit Fisek (eds.), *Expectation States Theory: A Theoretical Research Program* (Cambridge: Winthrop, 1974); Joseph Berger, M. Hamit Fisek, Robert Z. Norman y Morris Zelditch Jr., *Status Characteristics and Social Interaction: An Expectation States Approach* (Nueva York: Elsevier, 1977); Paul Humphreys y Joseph Berger, “Theoretical Consequences of the Status Characteristics Formulation”, en: *American Journal of Sociology* 86 (1981): 953-983.

*Recursos para hacer género*

Hacer género significa crear diferencias entre niñas y niños, mujeres y hombres, diferencias que no son naturales, esenciales o biológicas. Una vez que las diferencias han sido construidas, se utilizan para reforzar la *esencialidad* del género. En una encantadora descripción del “convenio entre los sexos”, Goffman observa la creación de una variedad de marcos institucionalizados a través de los cuales se puede llevar a cabo nuestra “sexuación natural y normal”.<sup>55</sup> Las características físicas del entorno social proporcionan un recurso obvio para la expresión de nuestras diferencias *esenciales*. Por ejemplo, la segregación sexual de los baños públicos en Estados Unidos distingue *damas* de *caballeros* en asuntos considerados fundamentalmente biológicos, aun cuando ambos “sean de algún modo similares en lo que respecta al desecho de productos y su eliminación”.<sup>56</sup> Estos sitios están dotados de equipamiento dimórfico (tales como orinales para hombres), aun cuando ambos sexos pueden obtener los mismos fines a través de los mismos medios (y aparentemente así lo hacen en la privacidad de sus propias casas). Debe recalarse el hecho de que:

Aquí interviene el *funcionamiento* de los órganos sexualmente diferenciados, pero nada hay en este funcionamiento que reconstruye la segregación por razones biológicas; *este arreglo es un asunto totalmente cultural* [...] la separación de los baños es presentada como una consecuencia natural de la diferencia entre las clases sexuales, cuando de hecho es un medio de honrar, si no de producir, esta diferencia.<sup>57</sup>

Las situaciones sociales estandarizadas también proporcionan escenarios para evocar la *naturaleza esencial femenina* y la *masculina*. Goffman cita el deporte organizado como una de esas es-

estructuras institucionalizadas para la expresión de la virilidad. Ahí, esas cualidades que *propiamente* deben asociarse con la masculinidad, tales como la fuerza, la resistencia y el espíritu competitivo, son celebradas por todas las partes interesadas —los participantes, a quienes puede verse demostrando dichas características, y los espectadores, que aplauden sus demostraciones desde la seguridad de las gradas—.<sup>58</sup>

Las prácticas de apareamiento clasificadoras entre las parejas heterosexuales proporcionan aun más medios para crear y mantener diferencias entre mujeres y hombres. Por ejemplo, aun cuando el tamaño, la fuerza y la edad tienden a distribuirse normalmente entre mujeres y hombres (con una considerable superposición entre ellos), el emparejamiento selectivo asegura parejas en las que los chicos y los hombres son visiblemente más grandes, fuertes y mayores (si no *más sabios*) que las chicas y las mujeres que son sus parejas. Así, en caso de que surjan situaciones en las que se requiera el tamaño, la experiencia y la fuerza mayores de los hombres y chicos, ellos siempre estarán listos para demostrarlos, y las chicas y las mujeres, listas para apreciarlos.<sup>59</sup>

De manera rutinaria el género puede conformarse en una variedad de situaciones que, en un principio, parecen convencionalmente expresivas, tales como las que presentan a mujeres *desvalidas* junto a objetos pesados o neumáticos desinflados. Pero, como lo señala Goffman, las preocupaciones pesadas, engorrosas y precarias pueden crearse a partir de *cualquier* situación social, “aunque a partir de estándares establecidos en otros medios, esto pueda implicar algo claro, limpio y seguro”. Con estos recursos, es claro que *cualquier* situación interactiva proporciona el escenario para describir las naturalezas sexuales *esenciales*. En resumen, estas situaciones “no permiten ni la expresión de las diferencias naturales ni la producción de la diferencia misma”.<sup>60</sup>

<sup>58</sup> *Ibid.*: 322.

<sup>59</sup> *Ibid.*: 321; Candace West y Bonita Iritani, “Gender Politics in Mate Selection: The Male-Older Norm”. Trabajo presentado en la reunión anual de la American Sociological Association, agosto 1985, Washington DC.

<sup>60</sup> Goffman, *The Arrangement...*, *ob. cit.*: 324.

<sup>55</sup> Erving Goffman, “The Arrangement Between the Sexes”, en: *Theory and Society* 4 (1977): 301-331.

<sup>56</sup> *Ibid.*: 315.

<sup>57</sup> *Ibid.*: 316.

Para empezar, muchas situaciones no están sexualmente clasificadas con claridad, tampoco lo que se revela en ellas es evidentemente relevante en materia de género. Sin embargo, cualquier encuentro social puede utilizarse para servir al objetivo de hacer género. Así, la investigación de Fishman sobre conversaciones casuales descubrió una "división del trabajo" asimétrica en las pláticas íntimas entre heterosexuales. Las mujeres tenían que hacer más preguntas, llenar más silencios y utilizar más comienzos que llamaran la atención para ser escuchadas. Sus conclusiones son particularmente pertinentes aquí: "Dado que el trabajo interactivo está relacionado con lo que constituye el ser una mujer, con lo que *es* una mujer, la idea de que *es* trabajo se diluye. El trabajo no se ve como lo que hacen las mujeres, sino como parte de lo que son".<sup>61</sup>

Nosotras afirmaríamos que es precisamente ese trabajo lo que ayuda a constituir la naturaleza esencial de las mujeres *como* mujeres en contextos interactivos.<sup>62</sup>

Las personas tienen muchas identidades sociales que pueden ser asumidas o desechadas, acalladas o realizadas, dependiendo de la situación. Se puede ser amiga, cónyuge, profesional, ciudadana y muchas otras cosas más en relación con distintas personas, o ante la misma persona en momentos diferentes. Pero siempre somos mujeres u hombres, a menos que cambiemos de categoría sexual. Lo que esto significa es que nuestras demostraciones identificatorias proporcionarán un recurso siempre disponible para hacer género en un conjunto de circunstancias infinitamente diversas.

Algunas situaciones están organizadas para demostrar y celebrar rutinariamente comportamientos que están convencionalmente ligados con una u otra categoría sexual. En tales ocasiones

<sup>61</sup> Pamela Fishman, "Interaction: The Work Women Do", en: *Social Problems* 25 (1978): 405.

<sup>62</sup> Candace West y Don H. Zimmerman, "Small Insults: A Study of Interruptions in Conversations Between Unacquainted Persons", en: B. Thorne, C. Kramarae y N. Henley (eds.), *Language, Gender and Society* (Rowley, MA: Newbury House, 1983): 109-111; pero también véase Peter Kollock, Philip Blumstein y Pepper Schwartz, "Sex and Power in Interaction", en: *American Sociological Review* 50 (1985): 34-46.

hombres y mujeres saben cuál es su lugar en el esquema interactivo de las cosas. Si un individuo identificado como miembro de una categoría sexual adopta comportamientos generalmente asociados con la otra categoría, esa rutinización se ve desafiada. Hughes proporciona una ilustración de este dilema.

[Una] joven mujer [...] llegó a formar parte de esa profesión viril que es la ingeniería. Se espera que el diseñador de un avión vaya en el vuelo inaugural del primer aparato construido con su diseño. Luego, él [sic] ofrece una comida a los ingenieros y obreros que colaboraron en la construcción del nuevo avión. La comida es naturalmente sólo para hombres. La joven en cuestión diseñó un avión. Sus colegas le recomendaron que no enfrentara el riesgo del vuelo inaugural para el cual, presumiblemente, sólo los hombres son aptos. De hecho, lo que ellos le pedían era que fuera una dama en vez de una ingeniera. Ella decidió ser ingeniera. Por lo tanto, dio la fiesta y la pagó como un hombre. Después de la comida y de la primera vuelta de brindis, se retiró como una dama.<sup>63</sup>

En esta ocasión, las partes llegaron a un arreglo que permitió que una mujer asumiera conductas supuestamente masculinas. Sin embargo, notamos que al final esta concesión permitió la demostración de su feminidad *esencial* a través de un comportamiento explicablemente *propio de una dama*.

Hughes sugiere que estas contradicciones pueden combatirse manejando interacciones en una base muy estrecha, por ejemplo "manteniendo la relación formal y específica".<sup>64</sup> Pero el meollo del asunto es que aun cuando (tal vez especialmente cuando) la relación es formal, el género sigue siendo algo por lo que somos individualmente responsables. Por lo tanto una mujer médico (nótese el calificativo especial en su caso) puede ser respetada por su habilidad e incluso llamada por un título apropiado. No obstante, está sujeta a una evaluación en términos de conceptos normativos de actitudes y actividades apropiadas a su categoría sexual y debe

<sup>63</sup> Hughes, *ib. cit.*, 356.

<sup>64</sup> *Ibid.*: 357.

probar bajo presión que es un ser *esencialmente* femenino, a pesar de las apariencias que indiquen lo contrario.<sup>65</sup> Su categoría sexual se utiliza para desacreditar su participación en actividades clínicas importantes,<sup>66</sup> mientras que su participación en la medicina se utiliza para desacreditar su compromiso con sus responsabilidades como esposa y madre.<sup>67</sup> Simultáneamente, se mantiene su exclusión de la comunidad de colegas médicos y se asegura su *accountability* como mujer.

En este contexto, el *conflicto de roles* puede verse como un aspecto dinámico de nuestro *convenio entre los sexos*,<sup>68</sup> un arreglo que ofrece ocasiones en las que las personas de determinada categoría sexual pueden *ver* con bastante claridad que están fuera de lugar y que si no estuvieran ahí sus problemas no existirían. Desde el punto de vista de la interacción, lo que está en juego es el manejo de nuestras naturalezas *esenciales* y, desde el punto de vista de lo individual, el logro continuo del género. Si, como hemos afirmado, la categoría sexual es omnirrelevante, entonces cualquier ocasión, conflictiva o no, ofrece recursos para hacer género.

Hemos intentado mostrar que la categoría sexual y el género son características manejadas de la conducta, creadas en función del hecho de que otros nos juzgarán y nos responderán de formas particulares. Decimos que el género de una persona no es sólo un aspecto de lo que una persona es, sino algo más fundamental, es lo que *hace* y lo que hace recurrentemente en interacción con otros.

¿Cuáles son las consecuencias de esta formulación teórica? Si, por ejemplo, los individuos se esfuerzan por lograr el género en sus encuentros con los demás, ¿cómo es que la cultura infunde la necesidad de hacerlo? ¿Cuál es la relación entre la producción

<sup>65</sup> Candace West, "When the Doctor is a 'Lady': Power, Status and Gender in Physician-Patient Encounters", en: *Symbolic Interaction* 7: 87-106.

<sup>66</sup> Judith Lorber, *Women Physicians: Careers, Status and Power* (Nueva York: Tavistock, 1984): 52-54.

<sup>67</sup> Patricia Bourne y Norma J. Wikler, "Commitment and the Cultural Mandate: Women in Medicine", en: *Social Problems* 25 (1978): 435-437.

<sup>68</sup> Goffman, "The Arrangement...", ob. cit.

del género a nivel de la interacción y en arreglos institucionales como la división del trabajo en la sociedad? Y, tal vez lo más importante, ¿cómo es que la formación del género contribuye a la subordinación de las mujeres por los hombres?

### *Programas de investigación*

Para someter la producción social del género a un escrutinio empírico, podemos comenzar por el principio, con una reconsideración del proceso por el cual los miembros de la sociedad adquieren el aparato categórico necesario y otras habilidades para convertirse en seres humanos con género.

### *El reclutamiento para las identidades de género*

El enfoque convencional del proceso de transformación en niñas y niños ha sido la socialización de los roles sexuales. En estos últimos años, se han vinculado problemas recurrentes en este enfoque a las fallas inherentes de la teoría de los roles *per se*, con su énfasis en "el consenso, la estabilidad y la continuidad",<sup>69</sup> con su foco ahistórico y despolitizador,<sup>70</sup> y con el hecho de que su dimensión *social* recae en "una suposición general que la gente elige para conservar las costumbres existentes".<sup>71</sup>

En contraste, Cahill<sup>72</sup> analiza las experiencias de preescolares utilizando un modelo social de reclutamiento en las identidades

<sup>69</sup> Stacey y Thorne, ob. cit.: 307.

<sup>70</sup> Thorne, ob. cit.: 9; Stacey y Thorne, ob. cit.: 307.

<sup>71</sup> Connell, ob. cit.: 263.

<sup>72</sup> Spencer E. Cahill, "Becoming Boys and Girls", tesis doctoral, Department of Sociology, University of California, Santa Barbara, 1982; "Childhood Socialization as Recruitment Process: Some Lessons from the Study of Gender Development", en: P. Adler y P. Adler (eds.), *Sociological Studies of Child Development* (Greenwich: CT JAI Press, 1986); y "Language Practices and Self-Definition: The Case of Gender Identity Acquisition", en: *The Sociological Quarterly* 27 (1986): 295-311.

normalmente dotadas de género. Cahill afirma que las prácticas de clasificación son fundamentales para aprender y demostrar el comportamiento femenino y masculino. Inicialmente, observa, a los niños y las niñas les interesa principalmente distinguir a los demás de sí mismos, sobre la base de una competencia social. Desde el punto de vista de la clasificación, su interés se resuelve en la oposición *niñal niño versus bebé* (esta palabra se refiere a niños o niñas con un comportamiento social problemático y que necesitan vigilancia de cerca). Su interés por ser vistos con competencia social es lo que evoca sus reclamos iniciales de identidad de género.

Durante la etapa exploratoria de la socialización de niños y niñas [...] aprenden que sólo hay dos identidades sociales rutinariamente disponibles para ellos, la identidad de *bebé*, o, según la configuración de sus genitales externos, ya sea *niño grande* o *niña grande*. Además, otros les informan sutilmente que la identidad de *bebé* es una identidad que les hace perder crédito. Así, por ejemplo, cuando los niños incurren en comportamientos inapropiados, se les dice a menudo "Eres un bebé" o "Pórtate como un niño grande". De hecho, estas respuestas típicas verbales al comportamiento de criaturas pequeñas les da a entender que deben elegir su comportamiento, entre la desacreditadora identidad de *bebé* y su identidad sexual anatómicamente determinada.<sup>73</sup>

Más tarde, los niños pequeños se apropian del ideal de género de la *efectividad*, es decir, la capacidad de modificar el medio físico y social mediante el ejercicio de la fuerza física o las habilidades apropiadas. En contraste, las niñas pequeñas aprenden a valorar la *apariencia*, es decir, conducirse como objetos ornamentales. Ambos grupos aprenden que el reconocimiento y el uso de la clasificación sexual en la interacción no son opcionales, sino obligatorios.<sup>74</sup>

<sup>73</sup> Cahill, ob. cit.: 175.

<sup>74</sup> Véase también Sandra L. Bem, "Gender Schema Theory and Its Implications for Child Development: Raising Gender-Aschematic Children in a Gender-Schematic Society", en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 8 (1983): 598-616.

Por lo tanto el ser una *niña* o un *niño* no es sólo ser más competente que un *bebé*, sino también ser competentemente femenina o masculino, es decir, aprender a producir demostraciones de comportamiento de nuestra identidad femenina o masculina *esencial*. En este sentido, la tarea de un niño de cuatro a cinco años es muy similar a la de Agnes.

Por ejemplo, la siguiente interacción ocurrió en el patio de un jardín de infantes. Un niño de 55 meses de edad (D) estaba tratando de desabrochar el broche de un collar cuando se le acercó una educadora (E).

E: ¿Te quieres poner eso?

D: No. Es para niñas.

E: No tienes que ser niña para ponerte cosas alrededor del cuello. Los reyes usan cosas alrededor del cuello. Puedes jugar a que eres un rey.

D: No soy un rey. Soy un niño.<sup>75</sup>

Como Cahill señala con este ejemplo, aunque D hubiera estado confundido sobre el *status* sexual de la identidad de un rey, obviamente era consciente de que los collares son utilizados para anunciar la identidad de *niña*. Al haber exigido la identidad de *niño* y al haber desarrollado un compromiso de comportamiento con ésta, recelaba de cualquier demostración que pudiera proporcionar bases para cuestionar su reclamo.

Es así como los nuevos miembros de la sociedad llegan a comprometerse en un *proceso de autorregulación* cuando comienzan a vigilar su propia conducta y la de los demás, con respecto a sus implicaciones de género. El proceso de *reclutamiento* implica no sólo la apropiación de ideales de género (por la evaluación de esos ideales como apropiados para la identidad y el comportamiento) sino también *identidades de género* que son importantes para los individuos y que éstos se esfuerzan en mantener. De este modo, las diferencias de género, o la configuración sociocultural de las *naturalezas esenciales femenina y masculina*, alcanzan el *status*

<sup>75</sup> Cahill, ob. cit.: 176.



de hechos objetivos. Se convierten en características normales y naturales de las personas y proporcionan la razón fundamental tácita para diferenciar los destinos de las mujeres y de los hombres dentro del orden social.

Estudios adicionales sobre las actividades de juego de los niños y niñas como ocasiones rutinarias para la expresión de la conducta apropiada al género pueden proporcionar nuevas perspectivas sobre cómo se construyen nuestras *naturalezas esenciales*. En particular, es posible que la piedra angular de nuestra comprensión del proceso de reclutamiento sea la transición de lo que Cahill<sup>76</sup> denomina "participación de aprendiz" en los mundos sexualmente segregados comunes entre las criaturas de primaria a una "participación auténtica" en el mundo heterosocial que tanto atemoriza a los y las adolescentes.<sup>77</sup>

### *El género y la división del trabajo*

Cuando la gente enfrenta cuestiones de *asignación* —quién tiene que hacer qué cosa, conseguir qué, planear o ejecutar tal acción, dirigir o ser dirigido—, el mandato en categorías sociales significantes tales como *femenino* y *masculino* parece adquirir gran relevancia. La resolución de estas cuestiones condiciona la demostración, dramatización o celebración de nuestra *naturaleza esencial* de mujer o de hombre.

Berk ofrece una magnífica demostración de este tema en su investigación sobre la asignación del trabajo doméstico y las actitudes de las parejas casadas con respecto a la división de las labores del hogar. Berk encontró poca variación tanto en la división

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> Barrie Thorne, "Girls and Boys Together ... But Mostly Apart: Gender Arrangements in Elementary Schools", en: W. Hartup y Z. Rubin (eds.), *Relationships and Development* (Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum, 1986): 167-182; Barrie Thorne y Zella Luria, "Sexuality and Gender in Children's Daily Worlds", en: *Social Problems* 33 (1986): 176-190.

Este documento es proporcionado al estudiante con fines educativos, para la crítica y la investigación. Este documento no tiene costo alguno, por lo que queda prohibida su reproducción total o parcial.

El uso indebido de este documento es responsabilidad del estudiante

real de las tareas como en las percepciones de equidad con respecto a esa distribución. Aun cuando las esposas trabajen fuera de casa, hacen la mayor parte de los quehaceres domésticos y tienen el cuidado de los niños y las niñas en sus manos. Además, tanto las esposas como los maridos tienden a percibir esto como un arreglo *justo*. Al tomar nota de la ineficacia de las teorías sociológicas y económicas convencionales para explicar esta aparente contradicción, Berk sostiene que algo mucho más complicado que los arreglos racionales para la producción de los bienes y servicios del hogar está involucrado en esto:

No se trata solamente de quién tiene más tiempo, o del valor del tiempo o de quién tiene más habilidad o más poder. Está claro que una relación complicada entre la estructura de los imperativos del trabajo y la estructura de las expectativas normativas unidas al trabajo como *dotado de género* determina la asignación final del tiempo que los participantes deben dedicar al trabajo y al hogar.<sup>78</sup>

Berk señala, por ejemplo, que el factor más importante en la contribución del trabajo de las esposas es la cantidad total de trabajo requerido o esperado por el hogar; estos requerimientos no tienen impacto en las contribuciones del marido. Las esposas hablaron de varias razones fundamentales (suyas y de sus maridos) para justificar su nivel de contribución y en términos generales subrayaron que las esposas son esencialmente las responsables de la realización de las labores de la casa.

Para Berk es difícil ver cómo la gente "podría establecer racionalmente los convenios que hacen sólo para la producción de los bienes y servicios de la casa" y, mucho más aún, cómo pueden considerarlos *justos*. Según ella, nuestros arreglos en la división doméstica del trabajo mantienen *dos* procesos de producción: los bienes y servicios de la casa (comidas, limpieza, niños, etcétera) y,

<sup>78</sup> Sarah F. Berk, *The Gender Factory: The Apportionment of Work in American Households* (Nueva York: Plenum, 1985): 195-196.

al mismo tiempo, el género. "Mientras los adultos *hacen* el trabajo de la casa y el cuidado de los niños, *hacen* género, y lo que [ha] sido llamado la división del trabajo sostiene la producción conjunta del trabajo del hogar y del género; es el mecanismo mediante el cual se hacen tanto los productos materiales como simbólicos de la casa."<sup>79</sup>

No es simplemente que el trabajo de la casa sea designado como *trabajo de mujeres*, sino que el que una mujer lo haga y un hombre no es recurrir a la *naturaleza esencial* de cada uno y demostrarla. Lo que es producido y reproducido no es solamente la actividad y el artefacto de la vida doméstica, sino la encarnación material de los roles de esposa y esposo y, como una derivación, de la conducta propia del ser mujer y del ser hombre.<sup>80</sup> Lo que también se produce y reproduce frecuentemente son los *status* dominante y subordinado de las categorías sexuales.

¿Cómo se forma el género en los lugares de trabajo, fuera de la casa, donde la dominación y la subordinación son temas de enorme importancia? El análisis que hace Hochschild (1983) del trabajo de los y las sobrecargos de vuelo ofrece algunas ideas muy interesantes. Sus resultados muestran que la ocupación de sobrecargo tenía un sentido completamente distinto para las mujeres y para los hombres.

Por ser los principales parachoques de una compañía contra pasajeros *maltratados*, sus sentimientos están frecuentemente sujetos a maltrato. Además, el exponerse un día a gente que se resiste a la autoridad de una mujer es una experiencia distinta de la que tiene un hombre [...] En este sentido, es una desventaja ser mujer. Y en este caso, no sólo son simplemente mujeres en el sentido biológico. También son una destilación altamente visible de las nociones de clase media estadounidense sobre la femineidad. Simbolizan a la Mujer. En la medida en que la categoría *mujer* se asocia mentalmente con tener un *status* y una autoridad

<sup>79</sup> *Ibíd.*: 201.

<sup>80</sup> Véase William R. Beer, *Househusbands: Men and Housework in American Families* (Nueva York: Praeger, 1983): 70-89.

menores, las sobrecargos femeninas serán clasificadas más rápidamente como *verdaderas* mujeres que otras mujeres.<sup>81</sup>

Al hacer lo que Hochschild denomina el "trabajo emocional" necesario para mantener los beneficios de la compañía aérea, las sobrecargos producen simultáneamente representaciones de su femineidad *esencial*.

### *Sexo y sexualidad*

¿Cuál es la relación entre hacer género y una prescripción de la cultura para la *heterosexualidad obligatoria*?<sup>82</sup> Como lo señala Frye,<sup>83</sup> la vigilancia de los sentimientos sexuales en relación con otras personas apropiadamente sexuadas exige su rápido reconocimiento "antes de que podamos permitirnos que nuestro corazón palpite o nuestra sangre fluya en un goce erótico por esa persona". La apariencia de heterosexualidad se produce por intermedio de indicadores enfáticos y claros de nuestro sexo, acentuados de manera decisiva.<sup>84</sup> Por esta razón, las lesbianas y los hombres *gays* interesados en pasar por heterosexuales pueden fiarse de estos indicadores para camuflarse; en contraste, los que quisieran evitar la suposición de heterosexualidad pueden fomentar indicadores ambiguos de su *status* categórico a través de su ropa, comportamientos y estilo. Pero los indicadores sexuales *ambiguos* son, sin embargo, indicadores sexuales. Si una desea ser reconocida como lesbiana (o como mujer heterosexual) primero debe establecer un *status* categórico como mujer. Aun cuando las imágenes populares

<sup>81</sup> Arlie R. Hochschild, *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling* (Berkeley: University of California Press, 1983): 175.

<sup>82</sup> Rubin, *ob. cit.*: 157-210; Adrienne Rich, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 5 (1980): 631-660 [Incluido en este volumen. N. de la E.].

<sup>83</sup> Marilyn Frye, *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory* (Trumansburg, NY: The Crossing Press, 1983): 22.

<sup>84</sup> *Ibíd.*: 24.

retratan a las lesbianas como "mujeres que no son femeninas".<sup>85</sup> se mantiene la *accountability* de las personas por su *condición sexual normal y natural*.

Tampoco se ve amenazada ésta por la existencia de *operaciones de cambio de sexo*, supuestamente el desafío más radical a nuestra perspectiva cultural sobre sexo y género. Aunque nadie obligue a los transexuales a que se sometan a terapias hormonales, electrólisis o cirugía, las alternativas a su alcance son innegablemente forzadas: "Cuando los expertos transexuales afirman que utilizan procedimientos transexuales únicamente con gente que los solicita y que prueba que puede *pasar*, enmascaran la realidad social. Dada la prescripción patriarcal de que una persona debe ser masculina o femenina, la libre elección está condicionada".<sup>86</sup>

La reconstrucción física de los criterios sexuales paga el alto tributo a la *esencialidad* de nuestra naturaleza sexual, como mujeres u hombres.

### *Género, poder y cambio social*

Volvamos a la pregunta ¿podemos evitar hacer género? Anteriormente, propusimos que mientras la categoría sexual sea utilizada como un criterio fundamental para la diferenciación, será inevitable hacer género. Lo será por las consecuencias sociales de la pertenencia a una categoría sexual: la asignación de poder y recursos no sólo en lo doméstico, económico y político, sino también en el vasto terreno de las relaciones interpersonales. Virtualmente, en cualquier situación, nuestra categoría sexual puede ser relevante y nuestra actuación como miembro de esa categoría (es decir, el género) puede estar sujeta a evaluación. Mantener esta asignación insistente y constante de un *status* vitalicio requiere legitimación.

Pero hacer género también hace explicables los convenios sociales basados en la categoría sexual como normales y naturales,

<sup>85</sup> *Ibíd.*: 129.

<sup>86</sup> Raymond, *The Transsexual Empire*, ob. cit.: 135, (cursivas nuestras).

es decir, medios legítimos para la organización de la vida social. Las diferencias entre las mujeres y los hombres creadas mediante este proceso pueden entonces ser representadas como disposiciones fundamentales y permanentes. Bajo esta luz, los convenios institucionales de una sociedad pueden ser vistos como una respuesta a las diferencias, siendo el orden social una mera adecuación al orden natural. Por lo tanto, si al hacer género los hombres también están haciendo dominio y las mujeres deferencia,<sup>87</sup> el orden social resultante, que supuestamente refleja las *diferencias naturales*, es un poderoso legitimador y reforzador de los convenios jerárquicos. Observa Frye:

Para que exista una subordinación eficiente, se requiere que la estructura no aparezca como un artefacto cultural mantenido en su lugar por decisión humana o por costumbre, sino que parezca *natural*, es decir, que parezca ser una consecuencia directa de los hechos acerca de la naturaleza animal que están más allá de la esfera de la manipulación humana [...] El hecho de que nos entrenen para comportarnos de manera completamente diferente como mujeres y como hombres, y que nos comportemos de manera completamente diferente con las mujeres y con los hombres, contribuye en sí enormemente a la apariencia de dimorfismo extremo, pero también, las *formas* en que actuamos como mujeres y como hombres, y las *formas* en que actuamos con las mujeres y con los hombres, moldean nuestros cuerpos y nuestras mentes en la subordinación y la dominación. Nos convertimos en lo que practicamos ser.<sup>88</sup>

Si hacemos género adecuadamente, al mismo tiempo mantenemos, reproducimos y legitimamos los convenios institucionales basados en la categoría sexual. Si no lo hacemos adecuadamente, a nosotros individualmente —no a los arreglos institucionales— se nos puede pedir cuentas (por nuestro carácter, motivos y predisposiciones).

<sup>87</sup> Goffman, "The Nature of Deference and Demeanor", ob. cit.: 47-95.

<sup>88</sup> Frye, ob. cit.: 34.

Los movimientos sociales como el feminismo pueden proporcionar la ideología y el ímpetu para cuestionar los arreglos existentes y el apoyo social para que exploremos alternativas a ellos. Los cambios legislativos, tales como los propuestos por la Enmienda de los Derechos de Igualdad, también pueden debilitar *accountability* de la conducta para la categoría sexual y, de este modo, proporcionar la posibilidad de que se relaje la necesidad de rendir cuentas. Está claro que la igualdad ante la ley no garantiza la igualdad en otros terrenos. Como señala Lorber, la garantía de "una escrupulosa igualdad de categorías de gente considerada esencialmente diferente necesita una vigilancia constante". Lo que estos cambios propuestos *pueden* hacer es proporcionar la garantía para preguntar por qué, si deseamos tratar a mujeres y hombres como iguales, se necesitan dos categorías sexuales.<sup>89</sup>

La relación categoría sexual/género vincula los niveles interactivos e institucionales, una unión que legitima los arreglos sociales basados en la categoría sexual y reproduce su desigualdad en la interacción cara a cara. Hacer género proporciona el andamiaje interactivo de la estructura social, junto con un mecanismo interno de control social. Al apreciar las fuerzas institucionales que mantienen las distinciones entre mujeres y hombres, no debemos perder de vista la validación interactiva de esas distinciones que les confiere su sentido de *naturalidad* y *corrección*.

Por lo tanto, el cambio social debe buscarse tanto en el nivel institucional como cultural de la categoría sexual y en el nivel interactivo del género. Esta conclusión no es novedosa. Sin embargo, sugerimos que es importante reconocer que la distinción analítica entre las esferas institucionales e interactivas no plantea una elección del tipo *esto o esto* en lo que respecta al cambio social. Reconceptualizar el género, no como una simple propiedad de los individuos, sino como una dinámica integral de los órdenes sociales, implica una nueva perspectiva sobre toda la red de las relaciones de género.

<sup>89</sup> Judith Lorber, "Dismantling Noah's Ark", en: *Sex Roles* 14 (1986): 577.

La subordinación social de las mujeres y las prácticas culturales que ayudan a mantenerla; la política del objeto sexual-elección y, particularmente, la opresión de los y las homosexuales; la división sexual del trabajo, la formación del carácter y de la razón en la medida en que están organizados en feminidad y masculinidad; el papel del cuerpo en las relaciones sociales, especialmente las políticas del parto y la naturaleza de las estrategias de los movimientos de liberación sexual.<sup>90</sup>

El género es un poderoso recurso ideológico que produce, reproduce y legitima las elecciones y los límites que se afirman en la categoría sexual. Una comprensión de cómo se produce el género en situaciones sociales proporcionará la aclaración del andamiaje interactivo de la estructura social y los procesos de control social que lo sostienen.

<sup>90</sup> Connell, "Theorizing Gender", ob. cit.: 261.